

NOTA

EL CAMINO DE VUELTA *

Fernando Alegría

Debo decir algunas palabras que se amolden al tono de muy concreta y directa elocuencia de los poetas del sur de Chile que me han precedido. Repetir que sí, estamos de acuerdo: el siglo se acaba y con él desaparece una marca de prevención para dejar sitio a una señal de desvío en el camino que no todos advierten o entienden. Ayer comentábamos que en nuestro pobrecito siglo ocurrieron las tres revoluciones más importantes de la historia del mundo moderno: la revolución agraria de los chinos y de los mexicanos, y la bolchevique de los rusos. Nos marcaron a todos: vivos y muertos.

Las líneas cronológicas -como las líneas de la mano- se levantaron en una suave pendiente, descendieron y desaparecieron sin dejar huellas. ¿Qué ha sucedido? ¿Es posible que esas revoluciones no cambiaran nada? ¿Que el tiempo se movió para concluir en una parábola hacia el olvido?

No lo creo. Tengo la impresión de que esos locos de verano que recientemente se apresuraron a anunciar el fin de la historia, confundieron los hechos con los presentimientos. Para mí la repetida frase de Santayana cambió de significado: quienes olvidan la historia no están condenados a repetirla, sino a recrearla. La fortuna dirá si el error no tiene remedio.

Hace algunos años escribí la primera parte de una *Historia de la Poesía Chilena*¹. Me detuve en los albores del siglo XX. Me pareció que una crisis común a toda la poesía de lengua española se manifestó de un modo peculiar en Chile y que era necesario, por tanto, examinarla y explicarla con un sentido especial de las circunstancias. Nuestros modernistas se apartaron del padre, lo respetaron, pero no lo siguieron. Nada de parricidios en Chile: Darío,

* El presente texto es una transcripción elaborada por Fernando Alegría que resume una conferencia que dictara en la actual Universidad de Los Lagos, en marzo de 1993.

1 *La poesía chilena, orígenes y desarrollo del siglo XVI al XIX*, Berkeley & Los Angeles: University of California Press, Fondo de Cultura Económica, Cambridge University Press, 1954.

simplemente se fue a Buenos Aires, de ahí a Madrid y de Madrid a París.-"La Gloire!- dicen que le dijo a Verlaine y éste, sin contemplaciones, le respondió: - "¡Merde!".

Los jóvenes del año 20 tampoco le hicieron gran caso a la Vanguardia: ni Neruda, ni de Rokha ni la Mistral. Sólo Huidobro entró en la ronda.

Los bellos monstruos dieron en atacarse mutuamente, con saña, ferocidad, ingenio y alevosía. En mis años de estudiante universitario, de la *mansa* rosca no quedaba sino una *cufifa* sobremesa compuesta de Huidobro-a quien de Rokha llamaba "Vicente, Vicentillo, Vicentuelo..."- el mismo de Rokha, a quien Huidobro denominaba "Papablo de Rokaka"..., y Neruda, cuya participación se limitaba a enviar quevedianos mensajes ultramarinos desde España, en forma de impecables sonetos que solían llegar a Santiago por valija diplomática. Crónica es ésta que, de las páginas rosadas de *La Opinión*, ha pasado ya a la historia literaria de nuestros días.

Opto por proponer una coordenada histórica que, partiendo del romanticismo chileno de fines del siglo XX, y pasando por el acercamiento de Darío en Chile y la publicación de la primera edición de *Azul...* en Valparaíso, se enlaza con el sorprendente neo-simbolismo de la generación chilena del Centenario, cuya expresión abarca no solamente a la poesía, sino también a la novela (Pedro Prado, Eduardo Barrios, Augusto D'Halmar, Fernando Santiván) a las artes plásticas, (Ortiz de Zárate, Burchard, Reid) y a la música (Leng, Isamit).

En los años 60 me correspondió acompañar a Gonzalo Rojas y a Braulio Arenas en la organización del Primer Encuentro de Escritores Chilenos en la Universidad de Concepción. Fundé el primer taller de escritores en Chile y le di el nombre de *Los Diez* en homenaje a los tolstoyanos comandados por Pedro Prado.² Para mí era obvio que nuevas generaciones asomaban con armas sorprendentes, organizaban sus líneas y entraban al proceso de profundos cambios sociales que dejaron huella imborrable a medio siglo.

A Concepción vino, poco después del primer Encuentro, la plana mayor de la literatura hispano-americana. No faltó nadie. Se definía la novelística como la contribución mayor en el mundo de las letras del siglo

2 F. Alegría: "El encuentro de escritores en Concepción". *Atenea*, CXXX, No. 379 (enero-marzo de 1958), pp. 165-178. Idem, "Historia de un Taller de Escritores". *Nueva Narrativa Hispanoamericana*, Vol. I, No. 1, Garden City, New York, (enero, 1971), pp. 7-16.

XX: vinieron Carpentier, Arguedas, Sábato, Rulfo, Rosario Castellanos, Monteforte Toledo, Viñas, Fuentes. Vinieron los líderes de la poesía *beat* de Estados Unidos: Ginsberg y Ferlinghetti. El diálogo de dos generaciones chilenas -la del año 20 y la del 38- se enriqueció con los primeros pronunciamientos de la generación del 50.

Alone, desde muy lejos, entrecerraba los ojos y decía: "la literatura chilena se democratiza..." Quería decir que a la época de los Lastarria, los Blest Gana, los Amunáteguis, los Alempartes, sucede la literatura del medio-pelo y de la clase obrera: aquí vienen la Lucila Godoy y Neftalí Reyes, el Manuel Rojas y el Riffo, el Díaz Loyola, los Barrios y los Romero y el Nicomedes... Quería decir que la literatura chilena empezaba a correr con colores propios y que la casa grande perdía sus patios para ser invadida por los suburbios de una gente *achorada* y pujante.

Pensaba, acaso, en los novelistas que incursionaban ya por el sur, no sólo agrícola sino también industrial. Gran amiga de Alone fue Marta Brunet, la pionera narradora de *Humo hacia el sur*. Eduardo Barrios sorprendió a los patrones de fundo con *Gran Señor y Rajadiablos*; y Alberto Romero a los rentistas con *La viuda del conventillo*. Sepúlveda Leyton hizo de la escuela de Artes y Oficios una *Fábrica*.

Para nosotros, los del 38 - Nicomedes Guzmán, Lomboy, Juan Godoy, Merino Reyes, Teitelboim, Atfás y tantos otros - se abrió el camino hacia un neo-realismo que nos emparentó con la narrativa más avanzada del Ecuador, Perú, Uruguay, Centroamérica.

La historia no ha terminado. Vuelve a empezar y, otra vez, nos sorprende. Oí admirado a los poetas del sur. Diré que en su discurso literario y social capté curiosas concomitancias con las voces de los jóvenes escritores chicanos y centroamericanos que oigo todos los días en Norteamérica, en México y en la América Central. La esperanza que tenemos en común es que se produzca de alguna manera el milagro de un repentino encuentro en la acción. Una especie de nuevo Contrato Social.

Para todos nosotros se abre un poco más la Puerta Estrecha de que hablaba Gide. ¿Cuál será el camino? Hay que decidir pronto. Algunos piensan en Theilard de Chardin: en la vía lenta hacia una conciencia universal. Otros, en el renacer del socialismo.

En esta visita que he hecho a Osorno escuché con profunda atención a los poetas y las poetas de nuestro sur. Me ha impresionado hondamente el testimonio que escuché. Su profundidad y su espontaneidad, sus alusiones directas, su tono duro y libre. Me atrevo a sugerir que en su eco advertí el

final decisivo de la gran poesía chilena barroca del medio siglo. Ahora, pienso, que sí será posible que yo concluya mi historia.

Tenemos el camino de vuelta y una vía hacia el futuro. Por ahí quedaron derrumbados los mitos hostiles de la barbarie racista y de la injusticia económica. Queda por ver qué pacto social abrirá para siempre la Puerta Estrecha.

Stanford University